

Dolorosa pérdida

LA noticia de su muerte, sorprendiéndome por inesperada, fue un trallazo muy doloroso para mi alma. Era uno de mis más entrañables amigos, y con el que, entre los muchos muy queridos de mi tierra, era más frecuente el torneo de nuestra correspondencia.

Esta amistad se inició cuando él era aun niño y yo me asomaba a la adolescencia. Nuestros primeros contactos afectivos fueron en el Instituto en el que Miguel Muñoz hacía sus primeros años de Bachillerato y yo cursos de Magisterio. Por no existir Escuela Normal, en muchas asignaturas asistíamos a las clases conjuntamente. Pero esta amistad tuvo otro motivo de mayor arraigo; formó parte del grupo de Exploradores del que yo fui instructor. Compartimos excursiones, juegos y canciones, comidas en común, las prácticas de aquella grandiosa y recordada institución en la que aprendimos nobles deberes de cordialidad; también a ser mejores cada día según pregonaba su himno vibrante y juvenil. Así se afirmaron entre casi todos una ancha fraternidad que ha continuado viva e inquebrantable, pese a los años y a la diáspora de nuestros destinos y actividades. Miguel Muñoz tuvo siempre la grandeza de su sencillez; y a despecho de su linaje de cuna y posición, se prodigaba en consideraciones y afectos a todos los que formábamos a su lado, sin destacar diferencias sobre los que éramos de procedencia más modesta y aun de gran pobreza. Para todos tenía pronta y espontánea su franca simpatía y cordialidad.

No he de hacer en esta hora panegírico de sus muchos y singulares valores intelectuales y eruditos; están bien patentes en su prodigada obra literaria y, sobre todo, histórica, concretada a exaltar

figuras señeras de Extremadura, de la que me he aleccionado en varios de sus libros por él cariñosamente dedicados. Otros harán elogio de estas específicas valoraciones. Rindiéndole por ellas el tributo de mis admiraciones, me satisface señalar los afectos entrañables que nos unieron, de frecuente presencia personal en Madrid y Cáceres, y en las ausencias, anudados por una correspondencia que los matenía en incondicional y renovada afirmación. Y en mis largas soledades y lejanías, la amistad ha sido y es para mí en todos los casos, lo más grato y compensador de mi vivir. Me acongoja que muchas de estas amistades tan ahondadas en mis sentimientos, van encadenándose ya en recuerdos dolorosos. Por ello estas líneas y en este caso, son rendimiento de mis afectos a quien hizo de su vida, por elegancia de su valioso espíritu, una gran obra de trabajo con entera y entusiasta dedicación a lo extremeño, y por la finura de sus sentimientos en su comportamiento para con los demás, como hombre sencillo, noble y fundamentalmente bueno. Y aunque en vida hayamos sabido comprender y admirar todo ello, es la muerte la que más pone de relieve esas preeminencias de obra y sentimientos por la gran falta que nos hacen. Cáceres, ciudad y provincia, han perdido un muy destacado valor, dado que a ellas ofrendó lo mejor y más intenso de sus inquietudes y actividades.

Dios le haya acogido como merece en su gloria celestial, pues la terrena, la consiguió bien destacada con su hacer cultural, y también de comportamiento de ponderado señorío noble y cordial.

Edmundo COSTILLO MARIN